

Las exigencias y las maravillas del amor.

“El amor no pasará jamás” (1Cor 13,8) “Y viven en el amor, como Cristo también nos amaba y se entregó por nosotros como una ofrenda y sacrificio de agradable aroma a Dios” (Ef 5,2)

P. Ricardo E. Facci

Todos sabemos muy bien que en los últimos tiempos el término amor se ha convertido en una de las palabras más usadas, y de la que se abusa para llamar amor a realidades que poco tienen que ver con el amor, por esto, en este tema vamos a reflexionar sobre qué es el amor.

Vamos a iniciar esta reflexión sobre lo que creo es la mayor característica del amor, de todo amor: el encuentro con el otro.

Un error muy actual, es buscar en nombre del amor la posesión del otro y no el encuentro, teniendo en cuenta que todo encuentro debe nacer de un dar. El amor es gratuito, no se lo puede exigir ni esperar, sino que hay que adelantarse a amar, ser el primero. Por esto, decimos que al amor se lo busca dando. El amor nace y se desarrolla desde el dar. Si no es dando nunca se descubre el auténtico amor. Más aún, amar es ausencia de uno mismo y presencia del otro. Además, por experiencia seguramente sabemos que para que el amor madure hay que pasar por la frontera del sufrimiento, entonces, exige renunciaciones.

Una de las bellezas del amor es que nunca envejece, sino que madura, es como el vino cuando más añejo mejor, dado que toma otro sabor, otra consistencia. El amor, especialmente el matrimonial, necesita paciencia, tiempo. En todos los matrimonios se debe avanzar desde la realidad hacia el ideal. Es necesario caminar por la realidad con la mirada puesta en el ideal, nunca a la inversa.

La mayor exigencia del amor es dar hasta que duela. El amor auténtico siempre duele, siempre va acompañado de situaciones que duelen. Cuando uno quiere construir la vida desde el amor, hace doler hasta las más íntimas entrañas.

Si nos adentramos en el Evangelio y, especialmente, en el Capítulo 13 de la primera carta a los corintios, donde Pablo señala que el amor es la base de todas las acciones y actitudes cristianas, nos está enseñando que la opción por el amor se transforma en un estilo de vida.

La dinámica del amor como encuentro con el otro nos conduce a subrayar la importancia de estar para el otro, para el cónyuge. Esto significa estar siempre dispuesto para tomar conciencia del tú, de sus dones y de sus buenas cualidades, sabiendo admirarlas cada día más.

La clave de todo está en tener claro que es “siempre para el tú”.

Cuando alguien se casa, se consagra a un tú. Pero estar para el otro, aunque suene a algo muy lindo, es tal vez lo más difícil en la vida. Ser para el otro quiere decir que se ha renunciado, libremente, al derecho a pensar en sí mismo, en la propia comodidad, sino que se debe asumir un deber, el hecho de olvidarse de uno mismo, en la medida como entiende Cristo el estar para el otro como lo hace Él para con la Iglesia.

La gran misión es conducir al “mejor del mundo” hacia el “mejor del cielo”. Nada fácil, ustedes lo saben mejor que yo, porque somos egoístas, de corazón estrecho, individualistas, materialistas. Cuando encontramos a alguien que está realmente para el otro, podemos decir que estamos delante de alguien que ha construido la santidad en su vida.

Esta premisa del amor es la que nos enseñó Jesucristo, estar para el otro con una gran entrega, con un amor noble, transparente, no con la actitud de quien pide que el otro esté para uno mismo. El matrimonio será feliz en la medida en que se viva según esta ley del amor auténtico.

Amor que influye hasta en los gustos... A él le agrada comer carne, y a ella pastas... él debe saber que está condenado a comer pastas toda su vida. Lo soportará una semana. ¿Pero lo podrá aceptar 10 años, 20 años, 60 años, si Dios da la dicha de vivir juntos todo ese tiempo? Seguro que al leer esto da gracia, risa, porque a alguno le pasa, o por lo que sea, pero debemos saber que aquí está la clave de la felicidad o de la tragedia matrimonial. En una visión rápida de la situación uno puede decir,

3 días carne y 3 días pastas... Pero el amor no se define por cálculos matemáticos ni por especulaciones para distribuir equitativamente 50% y 50%, o sea tres días a favor de uno y tres días a favor del otro, o también podría ser que todos los días carne o todos los días pastas... Vuelvo a insistir, el amor lo modula el estar concentrado en el otro y no en uno mismo.

Pero hay alguien que está siempre dispuesto a arruinar nuestros mejores anhelos. Ese es el demonio. Este ser no es un mito, una representación, un símbolo, una figura o una idea. Ese auto engaño nos lleva a bajar los brazos, a descuidarnos y a quedar más expuestos. El maligno no necesita poseernos, sino que nos envenena con el odio, la tristeza, la envidia, los vicios. Y así, mientras nosotros bajamos la guardia, él aprovecha para destruir nuestra vida, nuestras familias y nuestras comunidades, porque "como león rugiente, ronda buscando a quien devorar" (1Pe 5,8).

El amor es sacrificio, entrega, muerte de sí, como decíamos, es un doloroso darse al otro. El mundo nos propone lo contrario: el disfrute, la distracción, la diversión, y nos dice que eso es lo que hace buena la vida. El mundano ignora, mira hacia otra parte cuando hay problemas de enfermedad o de dolor en la familia o a su alrededor. El mundo no quiere llorar: prefiere ignorar las situaciones dolorosas, cubrirlas, esconderlas. Se gastan muchas energías por escapar y evadirse de las circunstancias donde se hace presente el sufrimiento, creyendo que es posible disimular la realidad, donde nunca, nunca, puede faltar la cruz.¹ El amor es cruz, cruz triunfal que conduce a la felicidad.

Estar para el cónyuge, significa estar siempre dispuesto para tomar conciencia del tú, de sus necesidades y de las buenas cualidades que posee.

La vida matrimonial está hecha de muchos pequeños detalles cotidianos. Los esposos deben acostumbrarse a muchas cosas, pero que no se acostumbren jamás a las buenas cualidades del cónyuge, sino que cada día sepan valorarlas más y más. Sino que si los esposos se acostumbran a las buenas cualidades del otro, puede que la atención la atraigan los defectos, las malas cualidades, corriendo el riesgo de que lo negativo vaya ahogando todo lo positivo que está en el otro.

Por eso, decimos que la felicidad matrimonial depende del espíritu de sacrificio, de la capacidad de dejarse crucificar por el otro. Es el camino del verdadero amor que es lo más difícil en esta vida. Sí, lo más difícil; la tarea más difícil que todos debemos aprender, sea cual sea nuestra vocación, es aprender a amar. Es que lo que más cuesta al ser humano, es olvidarse de sí mismo y volcarse hacia los demás, hacia el otro.

Oración

Señor Jesús,
en la cruz nos diste la medida del amor,
y después de la resurrección nos enseñaste cómo ese amor permanece en un "para siempre";
te pedimos que el amor de nuestro matrimonio
siempre responda a las exigencias de la renuncia
para que brille en él el espíritu de la luz,
la fortaleza, la generosidad,
la entrega sin medida, para de ese modo,
construir juntos la felicidad,
en este peregrinar y en la vida eterna. Amén.

Trabajo Alianza

- 1.- ¿Nos disponemos a sacrificar nuestros gustos personales o todavía insistimos hasta imponerlos?
2. ¿Continuamos viendo las cualidades y lo positivo del cónyuge, o han quedado en el olvido?
3. ¿Nos es más fácil ver lo negativo, opacando las virtudes del otro?
- 4.- ¿Conservamos un amor joven y maduro?

Trabajo Bastón

- 1.- ¿Tenemos claro la manipulación que actualmente se hace del término "amor"?
- 2.- ¿Cómo educar a las nuevas generaciones en el verdadero concepto de "amor" como entrega y renuncia personal para poder descubrir el "tú" del otro?
- 3.- En nuestros hogares, ¿hemos dado testimonio de que el amor es sacrificio y entrega antes que "color del cielo"?
- 4.- Desde un profundo concepto de "amor", ¿cómo definimos la transición que va en el recorrido entre el "mejor del mundo" y el "mejor del cielo"?

Nota: 1.- cfr. Francisco, Gaudete et Exsultate 161, 75.